PRINCESA ELENA

Yo creí que el Conde de Tournerelles... ¿No es gran amigo tuyo?

PRÍNCIPE ESTEBAN

Sí; pero yo no me atrevería á solicitar de él favores de esa clase, á pesar de sus ofrecimientos.

PRINCESA ELENA

Pues haces mal, porque todo el mundo lo cree. Nadie se explica de otro modo tu amistad con él.

PRÍNCIPE ESTEBAN

La explicación es muy sencilla. Sería yo un tirano insoportable si pretendiera aislar á mi pobre Elsa de toda relación en el mundo... ¿Y qué relaciones son ahora posibles para nosotros? Entre toda esta gente aquí reunida en completa democracia del dinero y del vicio, los dos grandes niveladores sociales, la única selección posible es entre los contados que se hacen perdonar su dinero y sus vicios por algo de arte y de fantasía. El Conde es uno de ellos. Además, es una excelente persona, de gran corazón, incapaz de una indelicadeza...

PRINCESA ELENA

¿De modo que tú crees que es persona de quien puede una fiarse?

PRÍNCIPE ESTEBAN

Sin temor alguno.

PRINCESA ELENA

Acepto por inmejorables tus informes; y como sé que

el Conde desea serme presentado, te ruego que no tardes en complacerle.

PRÍNCIPE ESTEBAN

En efecto; será una alegría para él. Me dijo que deseaba darte una explicación.

PRINCESA ELENA

Es innecesaria. Tendré mucho gusto en saludarle.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Al momento, no debe estar muy lejos. *(Sale el Príncipe Esteban.)*

BARONESA

¡Alteza, Alteza!... Rodamos por una pendiente incalculable. Me causáis el mismo terror que si os viera lanzaros á ejecutar el *looping the loop*. No sé si mi razón podrá sobreponerse á estas sacudidas. Ved... Esto nos faltaba; el Caballero Rosmer; no puede llegar en peor ocasión. Cuando sepa que habéis hablado con vuestro primo... que va á seros presentado el Conde de Tournerelles...

PRINCESA ELENA

Es lo mejor que puede hacer, escandalizarse. Avisadme cuando lleguen mi primo y el Conde. *(Sale la Baronesa.)*

ESCENA VIII

La PRINCESA ELENA y el CABALLERO ALBERTO ROSMER

PRINCESA ELENA

¡Oh, Alberto! ¿Qué ha sido de ti? Has jugado y has perdido. No quieres convencerte. No se puede ser afor-

tunado en todo. Bueno, bueno, cambia de cara ó ¿prefieres que cambie la suerte?

ALBERTO

Esta noche no he jugado. Ya sabes que por mí no jugaría nunca, ni vendríamos al Casino, ni estaríamos aquí.

PRINCESA ELENA

Sí, sí; conozco el idilio. Tu corazón y una cabaña. ¡Pobre de quien se fíe!... Recuerdo todavía los ocho días que pasamos en el campo, sin ver á nadie, sin hablar con nadie, solos con nuestro inmenso amor. ¿Quién se aburrió primero?

ALBERTO

Yo me aburrí de verte á ti aburrida.

PRINCESA ELENA

Yo me aburrí sin duda de verte á ti muy divertido. ¿Para qué engañarnos? Nos aburrimos los dos. El cariño es muy hermoso, quien lo duda, lo más hermoso del mundo; pero es como el sol, no está su hermosura en la luz propia, sino en que su luz ilumine cosas alegres y risueñas que á su luz parecen más hermosas. Por eso quisiera yo rodear nuestro cariño de todas las cosas alegres y risueñas de este mundo,

ALBERTO

Sí, ya lo veo. Quieres estar alegre, siempre alegre; eso es el cariño para ti, no pensar nunca en nada serio.

PRINCESA ELENA

Si yo hubiera pensado seriamente como tú quieres,

no hubiéramos sido nunca felices con nuestro cariño, no estaríamos ahora juntos. Porque amo la alegría sobre todas las cosas; no quiero entristecer mi vida ni con la resignación, renunciando á tu cariño para siempre, ni ahora con el remordimiento porque te seguí con toda mi alma. ¿Es que debí aceptar sumisa el destino de toda mi vida impuesto por un Emperador y una Corte toda tradición y veneraciones, donde la voz de los muertos significa más que la voluntad de los que viven? No, yo tenía mi corazón, mi alma, mi vida, que no podía ser aquella, y debí luchar... La vida es solo esto: ó aceptar el medio y el ambiente que nos rodean, sin rebelión, sin protesta, vivir en quietud, en calma, resignados, algo parecido á la muerte, y entonces sientan bien á nuestro alrededor todas las virtudes como estatuas de monumento funerario, ó rebelarse, protestar, luchar contra todo, y para luchar solo hay una virtud, el valor: las demás, por muy respetables que sean sus nombres, no son sino fantasmas del miedo... miedo, lo único que nos impide correr hacia la felicidad con el corazón alegre, cuando la felicidad nos llama en la vida con un solo nombre, amor.

ALBERTO

¿Y si algún día el amor volviera á llamarte á la felicidad y su voz no fuera la mía? ¿Tampoco te detendría nada?

PRINCESA ELENA

¿Porqué dices eso? No puedes dudar de mi cariño.

ALBERTO

Crees tú que no puedo dudar porque te parece que has sacrificado mucho por él.

PRINCESA ELENA

No es sacrificio renunciar sin pena y sin esfuerzo al medio odioso en que vivía.

ALBERTO

Si no fué sacrificio, si era tan odioso para ti ese medio, ¿no puedo temer entonces que el deseo de abandonarle significara para ti más que mi cariño... que sin darte cuenta yo solo representara para ti esta nueva vida, este nuevo ambiente... esta libertad en que ahora te complaces, olvidada de quien eres y de lo que te debes á ti misma?

PRINCESA ELENA

¡Ah, vamos! Era todo para terminar censurándome como de costumbre. Yo sí que puedo dudar de tu cariño al oirte, porque no ahora, antes, debiste advertir que me había olvidado de quién era y de lo que me debo á mí misma, si es que solo quisiste en mí á la Princesa Elena de Suavia.

ALBERTO

No hables así; es que no me comprendes. Es que yo quiero verte respetada siempre, digna de tu posición y de tu rango; es que yo no quiero que nadie juzgue que no fué el amor, sino el deseo de una vida aventurera y fácil lo que nos hizo olvidarlo todo. Es que temo también que tú misma despiertes cuando adviertas las privaciones, para ti intolerables, á que nos obligará muy pronto la realidad... Y entonces, quiero que no hayas descendido tanto que te sea imposible recobrar el puesto á que renunciaste por mi cariño, por mi cariño, sí, quiero creerlo, por mi cariño solo. ¿No es verdad? Mi

Princesa Bebé, nacida donde menos debió nacer, para ser el espanto de la Corte de Suavia, como chicuelo travieso en tertulia de anticuarios, para burlarse de ellos y revolver sus pergaminos y sus diplomas y derribar sus cachivaches empolvados.

PRINCESA ELENA

¡La rebeldía es tan hermosa! ¡Fué en el cielo, fué junto á Dios, y hubo un ángel rebelde que por serlo cambió el cielo por el infierno!

ALBERTO

Tú lo has dicho, el infierno. ¿Y si algún día lloraras por tu cielo perdido?

PRINCESA ELENA

Será porque no habré encontrado el que buscaba. ¿De quién sería la culpa? Yo sé decirte que suceda lo que suceda no retrocederé nunca.

ALBERTO

¿Me querrás siempre?

PRINCESA ELENA

Si tu cariño responde á lo que de él espero...

ALBERTO

¿Qué quieres decir?

PRINCESA ELENA

Ya lo oiste; que no retrocederé nunca.

ALBERTO

¿Conoces la verdad de nuestra situación? Lee estas cartas.

PRINCESA ELENA

Sí, acreedores, banqueros que nos cierran sus cajas, amigos que aconsejan... Lo sé; lo esperaba...

ALBERTO

Es que hasta ahora solo renunciaste á lo enojoso de tu posición. ¿Sabrás renunciar lo mismo á las ventajas?

PRINCESA ELENA

No, no renuncio. Lucharé por nuestro cariño... Necesitamos dinero, lo tendremos. Dentro de un instante mi primo Esteban me presentará al Conde de Tournerelles.

ALBERTO

¿Has hablado con tu primo? ¿Piensas que te presente al Conde de Tournerelles? ¿Tú sabes de qué gente se rodean? Tendrás que admitir en tu compañía á la mujer del Príncipe; á la querida del Conde... y á todo su círculo, esa sociedad de advenedizos y de trapisondistas... No, no es posible; piensa que nos observan desde la Corte de Suavia, que el Emperador puede llegar á perdonarnos si nuestra conducta es digna y corresponde á nuestra situación; pero de este modo...

PRINCESA ELENA

Dí de una vez que toda tu esperanza y toda tu ilusión es que el Emperador consienta en mi divorcio, en que yo vuelva á ser Princesa de Suavia y tú Príncipe á

mi lado. ¿No es eso? ¿Y crees que á fuerza de ser juiciosos, de pasar mil privaciones, vamos á obtener la gracia del Emperador? ¡Qué locura! Sé á qué atenerme; el Emperador solo cederá por miedo al escándalo, cuando mis acreedores le pongan en ridículo.

ALBERTO

Pero ¿piensas aceptar del Conde de Tournerelles?... ¿Has pensado? ¿Estás loca? ¿Sabes á lo que te obligas, lo que él puede creer, lo que puede atreverse á esperar de ti?...

PRINCESA ELENA

No cree nada; no espera nada. Cree sencillamente que paga muy barato el lujo de recibir á una Princesa en su casa.

ALBERTO

Pero ¿tú sabes á quién tendrás que tratar en su casa?

PRINCESA ELENA

Sí, ya lo sé, ya lo supongo. A hombres y mujeres con pasiones, con vicios, con necesidades, con nervios, con sangre; á gente que vive, que lucha por la vida, que ama, que odia, que intriga; á gente como toda, como tú, como yo. ¡Qué afán de separarnos, de clasificarnos, de creernos distintos los unos de los otros, si todos somos iguales, de la misma raza, la pobre raza humana, que se empeña en dividirse, en odiarse, en separarse en castas, en clases, en personas, cuando toda la simpatía y todo el amor que puedan estrecharnos aún es poco para sobrellevar entre todos la pena de vivir nuestra vida!...

ESCENA IX

Dichos, la BARONESA y después el PRÍNCIPE ESTEBAN, el CONDE, ELSA y DIANA

BARONESA

¡Señora!... ¡Su Alteza... el Conde!... Caballero... ¿Sabéis? No tendréis influencia bastante para impedir... ¡Si supiérais! Hoy mismo he recibido cartas de Suavia... todo se sabe, todo se aumenta. Suponen que vivimos en la mayor depravación, entregados al juego, en perpetua orgía... ¿Queréis creerlo? Hasta suponen que yo tengo un amante... Notaréis que solo me sostengo á fuerza de nervios...

ALBERTO

Es inútil. Su Alteza no atiende á ninguna consideración razonable...

PRÍNCIPE ESTEBAN

Querida prima. (*Presentando.*) El Conde de Tournerelles.

CONDE

¡Alteza!... No sé cómo presentaros mis excusas por el desagradable incidente.

ELSA

¡Esteban!... (*Deteniéndose, á Diana.*) ¿Qué es esto? La Princesa Elena. ¿Es posible? Y os juraba que no la saludaría nunca... ¡Cuando lo sepa el Emperador!

PRINCESA ELENA

Voy á presentarte al caballero Alberto Rosmer. ¿No tendréis inconveniente?

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Porqué? Sería ridículo suponer que no le conozco.

PRINCESA ELENA

Alberto. El Príncipe Esteban desea saludarte.

ALBERTO

¡Alteza!

PRÍNCIPE ESTEBAN

Ya tenía el gusto de haberle saludado muchas veces en Suavia...

PRINCESA ELENA

Preséntame ahora á tu esposa. ¿Lo piensas? ¿Es por ti?

PRÍNCIPE ESTEBAN

No; puedes creerlo...

PRINCESA ELENA

¡Ah, vamos... es por ella!... ¿Será tan celosa como el caballero Rosmer de guardar distancias y respetos? Es gracioso; por ellos renunciamos á nuestro rango, y son ellos los que procuran conservarlo...

PRÍNCIPE ESTEBAN

Es gracioso, en efecto, Elsa...

ELSA

¿Cómo ha sido hablar con la Princesa Elena? Supongo que no me obligarás á que yo la salude.

ALBERTO

(*A Elena.*) ¿Porqué me has obligado á saludar al Príncipe?

PRÍNCIPE ESTEBAN

Comprende que es ridículo; es mi prima; estamos los dos en tierra extranjera...

ELSA

Está con su amante, es una mujer casada.

ALBERTO

Si estuviera solo... Pero está con su mujer, ¡una cantante de opereta!...

PRINCESA ELENA

¡Oh, basta ya! Es insoportable. Veréis cómo se aclara la situación. Conde, presentadme á... vuestra prometida, á la Condesa Diana de Lys...

CONDE

¡Oh! Encantado... Diana...

DIANA

¡Tanto honor! Alteza... la mayor felicidad para mí...

ALBERTO

¿Qué decís de esto, Baronesa?

BARONESA

El bromuro ya no me hace efecto; necesito emborracharme, lo que se llama emborracharme de morfina.

PRINCESA ELENA

Tendré mucho gusto en asistir á su concierto.

DIANA

¿De veras asistiréis? ¡Oh, Alteza! ¡Tanta bondad!

CONDE

Será un honor incomparable para nosotros.

PRINCESA ELENA

Ahora, como nuevo favor, presentadme á la mujer de mi primo. Veo que él no se atreve, y discuten muy acalorados.

CONDE

¡Oh, no! Ahora veréis... Querida amiga. La Princesa Elena desea saludaros.

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Lo ves? Con ella, no hay medio.

ELSA

¡Alteza!

PRINCESA ELENA

Alteza, no, por mi nombre, Elena... ¿Porqué no queríais saludarme?

ELSA

No, ¿quién os ha dicho?...

PRINCESA ELENA

¡Bah! No me ofende. Estoy segura de que llegaréis á quererme mucho.

ELSA

Es posible... Permitid, la Condesa me hablaba...

PRINCESA ELENA

Esteban, ¿no lo ves? ¿No observas á tu mujer y al caballero Rosmer?... Están disgustados, les contraría nuestra amistad, les molesta que no guardemos distancias, respetos y etiquetas.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Es verdad.

PRINCESA ELENA

Merecían... sí, lo merecían.

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Qué piensas?

PRINCESA ELENA

¡Nada! ¡Vale la pena hacer de revoluciones en el corazón y en el mundo para esto! Merecían que volviéramos á acordarnos de lo que somos, ya que ellos no saben olvidarlo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

PERSONAJES DEL TERCER ACTO

EL PRÍNCIPE ESTEBAN.
LA PRINCESA ELENA.
LA CONDESA DIANA DE LYS.
ELSA KENISBERG.
LA BARONESA DE ROSEMBERK.
EL CONDE DE TOURNERELLES.
EL CABALLERO ALBERTO ROSMER.
MR. DE CHANTEL.
EL MAESTRO WULF.
MAD. CLEMENCIA WILF.
GODOFREDO WILF.
LA DUQUESA DE ARCOLE.

Acompañamiento.

Una sala en la Villa del Conde de Tournerelles.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

La PRINCESA ELENA y el CONDE DE TOURNERELLES

CONDE

La verdad, querida amiga... ¡Perdonad, Alteza!...

PRINCESA ELENA

Amiga me agrada más.

CONDE

No extrañéis la familiaridad; sois de esas personas que cuando las habla uno por primera vez le parece que las conocía de toda la vida. Yo, que, podéis creerlo, no peco de franco ni de confiado, siento que no podría ocultaros ningún secreto de mi vida. Sois como un hada bienhechora; tenéis el don de alegrarlo y de embellecerlo todo. ¡Si os dijera que hasta ahora no he comprendido porqué vivía!

PRINCESA ELENA

¿Hasta ahora? Pues contad que desde ahora empezaréis á ser muy desgraciado.

CONDE

¿Porqué?